Picaporte

Ian Froh

Capítulo 1Al cabo del día nos enfrentamos a un número inimaginable de situaciones en las que debemos tomar una decisión. La mayoría de las veces, lo hacemos de forma instintiva, sin pensar en lo que estamos haciendo, (decidir), y sin pararnos a valorar qué hubiera pasado de haber tomado un camino diferente. Por muy banal que parezca la decisión, ha podido cambiar nuestra vida, a mejor o a peor, pero a fin de cuentas cambiarla. Sin embargo, la decisión está tomada y ejecutada, con lo que el resultado no se puede variar y esa realidad, nos libera de la carga de tener que analizar las diferentes variables que han intervenido, para que las cosas sucedieran de esa forma y no de cualquier otra.

Pero ocurre que, cuando lo que tenemos delante es en mayor o menor medida desagradable para nuestra persona, sí nos detenemos a culparnos a nosotros mismos, por haber conducido nuestro destino a esa situación. Analizamos el pasado inmediato buscando dónde podría haber cambiado la acción. Tras un vistazo fugaz, empezamos a vislumbrar en la mente, multitud de cruces con vías alternativas que hasta ese preciso instante no sabíamos que existían, pero que ahora han aparecido como por arte de magia. Un marea de lamentaciones va comiendo terreno a nuestra determinación, comprometiendo nuestra seguridad y autoestima -eso si, ya según cada cual en mayor o menor medida-, que en su propia defensa, alegan haber sido manipuladas por el destino, los Dioses, o la vecina de enfrente, que con esos dichosos perros que saca a pasear todas las mañanas, provocó que, por no compartir ascensor, saliéramos de casa un minuto más tarde de lo establecido. Un minuto parece insignificante, pero puede hacer cambiar nuestra vida.

Sea como fuere, lo cierto es que, lo que parece inevitable, podría haberse evitado, si nuestra elección hubiera sido otra y no la que tomamos. ¿O no? Siempre surge esa vocecilla para recordarnos que las cosas ocurren como ocurren porque tienen que ocurrir así y no de ninguna otra forma, por mucho que tratemos de evitarlo. Incluso a veces, es lo primero que escuchamos tras enterarnos del infortunio: *"no, si tenía que pasar"* o *"si se veía venir",* suelen ser los tópicos más repetidos por esas pululantes voces de nuestra cabeza, que poco a poco se irán diluyendo en el icor de un análisis más crítico de la situación.

No hay nada casual, salvo quizás, el haber tomado una decisión (y no otra), sin haber atendido debidamente a las consecuencias que podrían derivarse de la misma. Por otro lado, detenerse a meditar cada acción no sería más que una pérdida de tiempo, pues por mucho que podamos intuir un resultado, no sabremos seguro hasta que no suceda, si acertamos al elegir la puerta por la que pasar. De hecho, vamos encadenando decisiones de forma completamente intuitiva y con cada una, se altera el resultado final, que por más que nos empeñemos, no dejará de ser incierto hasta que lo alcancemos, y sólo si quedamos satisfechos, podremos enorgullecernos de haber dados los pasos adecuados, y si no, castigarnos por no haber elegido mejor el camino. Aunque el valor del castigo es fútil, pues a pesar de todo, no podríamos asegurar que, del abanico de alternativas existentes, no hubiera más de una que ofreciera el mismo resultado u otras incluso algo peor.

Y todo lo anterior no es fruto más que de una (o varias) decisiones equivocadas, o tal vez no tanto, que acabaron con el frontal de mi coche, (bueno, el mio no, el de mi mujer) como un acordeón cuando lo estampé

contra el de un conductor al que siempre tacharé de torpe por su falta de sangre para entrar en una rotonda. Y mi valoración será injusta con él, pues si en lugar del coche de mi mujer hubiera tomado el mío, no me habría encontrado en ese momento ni en ese lugar, por lo que no habría cruzado mi vida con aquel al que equivocadamente, en tan baja estima tengo desde entonces. Un cúmulo de malas decisiones provocó un accidente. Fueron malas decisiones sólo por su consecuencia. De no haber ocurrido nada, nunca habría pensado que fueran malas... nunca habría pensado en ellas. Pensar que el contrario es el responsable por su equivocada maniobra no es más que ponerme al servicio de mi ego y ofuscar la despiadada realidad: me encontraba en aquella situación sólo por las decisiones que había ido tomando.

Hoy todavía, tras varios meses de aquello, me preguto: ¿Y si hubiera cogido mi coche, me habría accidentado? ¿Y si hubiera tomado la calle que tomaba todos los días en lugar esa, habría colisionado? ¿Y si hubiera decidido ir a otro sitio a comer? ¿Y si hubiera elegido otra profesión? ¿Estaría en otro lugar? ¿Y viviría en otra casa? ¿con otro coche?...

Desde entonces, no paro de preguntarme qué hubiera pasado de haber tomado otras decisiones. Tras un rato pensándolo, me parece una auténtica estupidez, más allá de un ejercicio para el desarrollo de la imaginación, pues cualquier previsión aproximadamente seria que se quiera proponer, sería completamente imprecisa. Me lo he tomado como un juego. Cuando espero en la consulta del médico o el fila de la cajera del supermercado, me entretengo con el juego de "¿Y si...?"

Ian Froh

Capítulo 2Si. Eso es. Un piscinazo.

Uno (es decir, yo) se pone su mejor taparrabos, tras estar todo el invierno entre rayos uva, depilaciones integrales, y sesiones intensivas de gimnasio, y en un día con menos sol y más viento que en Cabo Ortigal, recién entrado el verano, se dispone a dar su primer salto estival e impresionar a las nenas que, sin quitarse el chal y sin acercarse al agua, pasan incómodas y obligadas, el martirio piscinero con el único deseo de que se acabe la jornada y volver a sus casas, a esperar mejores y más calurosos días para disfrutar del verano.

Pero aquí estoy yo, estrenando "fardahuevos" sobre la plataforma del trampolín. Mi piel "rebrilla", más que por los rayos del sol (que no se han visto en todo el día), por la cantidad de aceite que me he untado tan afanosamente durante horas (y menos mal que no hay sol, pues con tanto aceite me habría tostado como una loncha de bacon). Siento cómo todos clavan las miradas en mi. Expectantes. Yo, domino la situación y me deleito siendo objeto de todas las miradas. Realizo movimientos lentos y calculados, con la única intención de prolongar aquel exquisito momento. Ya pasó el sufrimiento, ahora sólo quedan 3 meses de diversión. Noto cómo todos mis músculos se tensan, se inflan. Es la emoción. El tiempo se ralentiza, es embriagador. Ahora, tomaré impulso, y ejecutaré cada uno de los movimientos que tengo bien grabados en la mente, para conseguir un salto con tirabuzón y mortal que dejará a los colegas con la cara desencajada y a las "titis" babeando y suspirando por acariciar mi terso pectoral.

Cojo carrerilla, ejecuto un excelente salto al borde de la plataforma, y me siento libre, a tres metros del agua, como un pájaro jugueteando con las corrientes de aire sobre una autopista. De repente, mis brazos y mis piernas empiezan a agitarse cual ganso, que en pleno vuelo pierde todas sus alas. Me desplomo. Veo la cristalina agua acercándose velozmente. Temo que se convierta en duro hormigón cuando entre en contacto con ella. No consigo enderezar el cuerpo. Caigo, y me sumerjo. No sé que fue lo que más conmovió mi sentido del ridículo, si el fuerte "plassshhh" que se escuchó cuando mi barriga impactó con el agua, o el color rosado que adquirió mi cuerpo, junto con el escozor que sentí en el momento de atravesar el líquido elemento.

Lo que sigo sin explicarme, es qué me motiv a subirme a aquel trampolín, cuando en mi vida había saltado de uno.

Quizás, por esa misma razón, no pueda explicar por qué he creado un blog en Me-Gusta-Escribir.

Ian Froh

Capítulo 3Bien es cierto que la noticia te la van dosificando, intentando no llamar a las cosas por su nombre, sino camuflando el sentido entre tecnicismos que, sin tener claro su significado, no animan más que a confundirte más. Bien es cierto que nunca terminan de contarte la verdad, y que a pesar de esa mirada penetrante y esa seriedad en la voz, escuchas ciertos mensajes positivos, aunque estudiados, y seguramente repetidos en multitud de casos similares. Bien es cierto que te hablan sin parar, como no queriéndote dar oportunidad de réplica o aclaración, mientras te empujan fuera de la consulta con una palmadita en la espalda con la escusa de que te van a tomar nota de no sé que dato, mientras tu esposa, con ojos vidriosos, te mira como si fueras a subir a un tren para marcharte a una guerra que estaba perdida en el momento de ser declarada. Bien es cierto que, aunque temes lo peor, no terminas de creer que te esté sucediendo de verdad. Esperas despertarte de una pesadilla terriblemente real.

Pero la pesadilla continua cuando traspaso el umbral que accede a una habitación donde una joven enfermera muestra una sonrisa forzada y teme mantenerme la mirada. Se sienta tras su escritorio y empieza a rellenar un formulario con las respuestas que le voy dando, y que suenan remotamente en algún rincón de mi cabeza, mientras me pregunto si, tras la puerta, al otro lado del mundo, Luz estará tirando de la lengua, como ella tan bien sabe hacer, a ese médico que tanto le ha costado decirme simplemente que tengo cáncer.

Siento el ambiente demasiado denso. Parece que estoy mirando toda la escena desde fuera. No me siento protagonista, sino un simple espectador que está

viendo uno de esos dramas que Antena 3 pone a las tres de la tarde. El tiempo se ha detenido y a pesar de mi estupor, me fijo en detalles que en otras circunstancias hubieran pasado desapercibidos. La joven enfermera tiene cogido el bolígrafo con el índice, el corazón y el anular. Me espanta. Nunca me he fiado de nadie que sostuviera un lápiz con más de dos dedos. El cuello de su bata está tomando el color de su cara, quizás por un exceso de maquillaje. Su pelo recogido deja a la vista unas orejas desnudas, pero que muestran unos cortes dignos de haber lucido habitualmente sendos pendientes de los que tiran para abajo. Detrás de ella, un armario con una puerta de cristal muestra diversos tarros, vendas y utensilios médicos. En algún momento, la puerta debió dar un portazo, y el cristal está atravesado por una veta que no augura nada bueno. Me sorprendí a mi mismo, observando cómo abría levemente los orificios nasales al respirar. Quizás estuviera congestionada, o padeciera sinusitis, ya que, al ser consciente de aquello, empecé a notar que tenía la voz un poco nasal.

Cualquier cosa para tener ocupada la mente. Cualquier detalle en el que concentrar mi atención. Cualquier señal para descubrir que estaba soñando. Que no podía ser verdad. Era la fase de negación. Pero el caso es que dejé el hospital con una cita para una operación de urgencia. En menos de una semana, entraría en quirófano. Empezaba mi singladura por la fase más difícil de mi vida. Y no estaba preparado para ello.

Esa noche, tras la noticia, no pude dormir. Luz se empeñó en que tomara no se qué pastilla, pero obviamente me negué en rotundo. Realmente, no quería dormir, quería pensar. Necesitaba prepararme. Cuando los males pasan de soslayo, crees ser lo

suficientemente maduro y fuerte para afrontarlo con dignidad, pero cuando te cae en los brazos, realmente no sabes qué hacer con ello, si quedártelo o pegarle una patada y mandarlo muy muy lejos.

Lloré. En cuanto me sentí preparado, fue lo primero que hice. Estaba cazado, el destino me había puesto una cruz, un punto de mira, y no me podía zafar. Me enfadé. Con el mundo, con la existencia... con Dios. Yo ateo de nacimiento me encontraba preguntándole a Dios ¿por qué? ¿Acaso no había en el mundo nadie que se lo mereciera más que yo? ¿No había ladrones, drogadictos, asesinos o violadores a los que castigar antes de castigarme a mi? Total mi único pecado es haber renegado de Él. Me asuste. ¿Realmente iba a morir? ¿Me curaría? Los avances de la medicina han sido increíbles en los últimos años. ¿Superaría la enfermedad? ¿Cuanto sufrimiento podría aguantar? Necesitaba conocer realmente la gravedad de mi enfermedad.

Pero, sobre todo, me conmoví. La mayor parte de la noche la pasé pensando en mis hijas, de diez y ocho años y en Luz, mi mujer, mi fiel compañera desde que éramos unos niños. Repasé la vida que pasamos juntos. Las luchas para terminar nuestros estudios. Las calamidades que pasamos cuando nos fuimos a vivir juntos. Lo que nos costó comprar nuestro primer piso y lo que hemos ido prosperando desde entonces. Los embarazos y los partos, los pañales y los primeros pasos. Las primeras palabras, la elección del mejor colegio. Me quedaba media vida por vivir. Tenía muchas cosas por terminar, muchos sueños por cumplir. Muchas derrotas parciales. No podía dejar mi vida a medias. No. Aunque yo mereciera ésto según los criterios de Dios, mis hijas, dulces e inocentes, no lo

merecían. No podían quedarse sin ese padre que por las noches les leía cuentos, o les ayudaba con las mates, o que, con su chapurreo, intentaba mantener pequeñas conversaciones en inglés. No podían perder a ese amigo con el que aprendieron a patinar, o a montar en bici. No merecían dejar de salir de camping a la sierra, donde pasaban estupendos atardeceres escuchando a Luz cantar y tocar la guitarra, mientras la barbacoa ponía al punto unas grasientas lonchas de panceta que luego devorábamos como si no hubiéramos comido en todo el día. No se las podía privar de mi presencia. Les quedaba mucha vida por delante, era un castigo supremo tenerla que vivir sin un padre.

Me operé, me traté, me revisé una y otra vez. Fui un cobaya con el que experimentar nuevos tratamientos, pues a todo me ofrecía con la esperanza de avanzar. Pero tras aquella primera noche, lo que más me ayudó a mejorar mi calidad de vida, fue la decisión que tomé de dejar de trabajar. Insistieron en que no lo hiciera, en que no alterara en la medida de lo posible mi ritmo de vida, que me vendría bien psicológicamente. Pero, nunca fui muy dado a seguir los consejos cuando mi mente me decía otra cosa. Pedí una baja médica y me dediqué a disfrutar. Llevaba a mis hijas al colegio y luego las recogía. Pasaba toda la tarde con ellas, las ayudaba en sus deberes y luego jugábamos juntos. Luz nos acompañaba en los juegos, aparentando una normalidad exquisita. Quizás ella fue la que peor lo pasó. Conocer la verdad desde el principio, y mantener la firmeza para no derrumbarse, es algo digno de admiración. Alguna noche la oí llorar. No eran las que más pues, aunque yo intentaba evitarlo, dormía plácidamente bajo los efectos de somníferos. No era bueno, pero tampoco podía culparla. Al fin y al cabo,

ella estaba viviendo en primera persona, cómo la enfermedad me iba consumiendo.

Los ratos que pasaba solo me dediqué a leer, a escribir y a buscar actividades que hacer con la familia. De tal manera, que cuando nos reuníamos, ya lo tenía todo organizado para que fuera el día perfecto. Podría tratar de estar horas describiendo esos instantes maravillosos que pasamos juntos, pero ni tengo fuerzas ni capacidad intelectual para explicar cuán lleno de vida me encontraba. ¡Cómo se puede disfrutar de un momento, de un instante, de un parpadeo, cuando no sabes si vas a poder presenciar el siguiente! El estar ocioso hizo que se alargaran los días, y por tanto, el deleite de cada carcajada de mis hijas, de cada abrazo de Luz. Un simple beso de buenas noches, se fue convirtiendo, para mi, en una última despedida. Cada noche, no paraba la lectura aun sabiendo que ya estaban profundamente dormidas. Quería que escucharan mi voz en sueños con la esperanza de que no la olvidaran nunca. Quizás cuando ya no esté, sueñen con esa voz, que suavemente iba narrando las historias, y que cambian en función del personaje que intervenía en ellas. Luz venía a arrancarme de su lado, con su fortaleza inquebrantable, invitándome a continuar mañana. Como si mañana fuera algo eterno.

El tiempo fue pasando, lenta pero impasiblemente, acercándome a mi destino. Los últimos meses he estado más tiempo ingresado que en casa. Hay mil complicaciones. La medicación cada vez es mas fuerte, y cuando estoy en casa, a veces me cuesta sacar fuerzas para estar con mis hijas. Las tardes son más tranquilas. Cuando el tiempo lo permite, me enfrento a mis dolores para salir a dar pequeños paseos por el parque. Siento la brisa que trae las risas de mis

pequeñas que corretean unos metros por delante de nosotros. Luz pasea con su cabeza apoyada en mi hombro, y su contacto es el mejor bálsamo para paliar mi sufrimiento.

Hace tres días del último paseo. Era domingo, y me levanté extrañamente bien. Amaneció con un cielo completamente despejado, un azul intenso realzado por un brillante sol. Fuimos casi todo el camino en silencio. Mientras caminábamos recordé mi última estancia en el hospital. Hacía una semana de aquello. Mi compañero de habitación tenía tres o cuatro años más que yo. Estaba en fase terminal. Recuerdo que, en sus delirios causados por la morfina, me contaba que cuando saliera iba a iniciar un proyecto para construirse una casa. Me contó que llevaba años diseñándola, y que sentía que era el momento de empezar a trabajar en la construcción. Esa tarde, recibió muchas visitas, y a muchos no los recordaba. Fue el preludio del fin, pues esa misma noche, se quedó dormido y no se despertó. A la mañana siguiente la habitación se quedó desierta. A mi me dieron el alta. Al salir, giré mi cabeza para contemplar su cama vacía. Me vi a mi mismo terminando así mis días. En el frío blanco de un hospital. Solo. A oscuras. Soñando en cumplir mis sueños. Un escalofrío recorrió mi espalda.

No puedo negar que el camino ha sido duro, muy duro. Han pasado veintiocho meses desde que me diagnosticaron cáncer, y tras mi insistencia, he conseguido que me dijeran que ha sido imposible frenar la metástasis. No ha sido más que la constatación de mis peores augurios. He querido llegar hasta el final, de la forma más natural y tranquila que he podido. He compartido estos dos últimos y largos años con los míos de la forma más intensa que mis fuerzas me han

permitido. He gozado como no lo harán otros en toda su larga vida. He condensado mi existencia quedándome sólo con lo realmente importante, y desechando todo lo demás. Nunca sabré si hice o no lo correcto, pero al menos, hice lo que me dictaba el corazón, con lo que en eso al menos, estoy en paz. Mis hijas, con diez y doce años, ya saben lo que me pasa, y saben lo que va a ocurrir. Y a pesar de su dolor, estos últimos meses me han dado tanto amor, tanta compañía, que allá donde vaya llegaré con la cabeza bien alta y el orgullo henchido del bagaje que llevo. Y eso ya es eterno. Sólo espero ser recordado, no como el enfermo consumido que se va, sino como aquel que, en su vitalidad, entregó lo mejor de sí para hacer felices a los suyos. Sólo quiero que me lleven en su corazón.

Bueno, es tarde, y a veces pienso que también deliro. Las niñas duermen, y Luz hace rato que se acostó con un libro de Isabel Allende. Estará, como otras noches, dormida con el libro sobre su pecho y la luz encendida. Voy a acostarme. Tomaré el libro con cuidado para marcar la página en la que se quedó, y apagaré la luz. Como otras muchas noches, me acurrucaré junta ella, y sentiré el calor de su cuerpo, el ritmo de su respiración. Ella dormida, se girará y me abrazará, como cada noche, con el deseo de no dejarme escapar, creyendo que así, estaré siempre con ella. Siento mucho que no pueda ser así.

Sueño. Oigo la voz de Luz. Me llama. Pero está lejos, muy lejos. Quiero acercarme a ella. Intento abrir los ojos, los abro, pero no veo nada. Oigo su voz, siento su mano en mi mejilla. Una lágrima no puede aguantar más en mi ojo. Quiero decirla: "Adiós amor mío, gracias por estar ahí". Pero no puedo. Es el fin, que tanto he

esperado, para el que tanto me he preparado. Ya no me queda nada por hacer. Al menos, estoy a su lado.

Me voy con la esperanza de volver a encontrarnos.

Ian Froh.

Capítulo 4

Resulta que tengo un amigo que se acerca a la tan temida cifra de los 40 años, y aunque me cueste reconocerlo he de admitir que, ciertamente, está de bajón.
La última vez que estuve con él, pude constatar esa realidad que algunos llaman la crisis de los 40. Sinceramente, no lo reconocía. Su aspecto era deplorable. Su pelo había crecido cubriéndole el cuello y el flequillo ondeaba hirsuto por su cara, no sólo molestándole a él, sino a cualquiera que le mirase. Además llevaba una semana sin afeitarse y aunque su barba era fina y castaña, no dejaba transmitir más que su descuido y falta de aseo. Pero lo peor era el gesto de su cara. Había borrado esa sonrisa que siempre le acompañaba. Ese brillo en la mirada que transmitía confianza y tranquilidad en los momentos en que todo se derrumbaba a su alrededor. Realmente estaba mal.
Yo traté de disimular mi sorpresa cuando me encontré frente a él. Tras saludarle, con la cordialidad de siempre, traté de bromear sobre su aspecto, y lo único que conseguí es que me fulminara con su mirada. Estaba claro que él era consciente de su estado, y sus ojos me convencieron de que no estaba para bromas.
Nos sentamos en una terraza frente a sendas jarras de cerveza. A pesar de la época del año, del frío, la lluvia, el viento y las miradas acusadoras, los fumadores no tenemos más remedio que aparcar los huesos en la calle si queremos disfrutar de un pitillo junto con una "rubia" bien tirada. Le miré seriamente y le pregunté cómo iba todo. Su primera respuesta resultó tan soez, que voy a omitirla. Luego inició un monólogo que me dejó preocupado.
"Estoy un poco bajo.... la verdad es que estoy hundido... Llevo días dándole vueltas a las cosas, y me siento como un hamster en su ruedecilla, que corre y corre y no llega a ningún sitio. Así estoy, ¿sabes? Bah, tanto esfuerzo... ¿para qué? Te lo voy a decir: ¡para nada! Para estar como al principio, en el mismo sitio. O peor aún, porque ya, después de tanto tiempo, estoy cansado. No quiero correr más. Quiero bajarme de esta rueda que gira y gira y no me lleva a ninguna parte. He dejado de soñar y eso es malo."
Observé en silencio cómo aspiraba una fuerte bocanada de su cigarro. Vi la ceniza avivarse para luego ir decayendo poco a poco hasta convertirse en ese polvo gris que, tras una sacudida con el pulgar en el filtro, caía al cenicero deshaciendo su cilíndrica forma. Sus ojos estaban entornados, y no miraban a ninguna parte. No quería mirarme. De haberlo hecho, no habría podido continuar.
"Me miro al espejo y me veo solo. ¿Quién soy? ¿Qué he hecho estos años? ¿A quién le importo una mierda?... Han pasado los años y mi huerta está árida. Pero lo peor es que lleva árida ¡tantos años! Y nunca me ha importado ¿sabes? Nunca... He querido estar por encima del resto, sobrevalorando mi independencia. No he querido saber nada de nadie para no tener que ir en su auxilio. He sido egoísta. He sido mal amigo de

los que me rodeaban. Si yo nunca he pedido ayuda a nadie ¿por qué iba a tener que asistir a los demás?... Pero me he mirado al espejo y he visto la realidad: nunca pedí nada a nadie para no deber favores, para no tener que corresponder. He sido el ombligo de mi vida, y ahora, que levanto la vista para mirar al frente, sólo veo espaldas de gente desconocida. No les conozco y no me conocen. No saben nada de mí, salvo las mentiras que haya podido contarles... Me he fijado... ¿sabes?, cuando voy por la calle, y miro a la gente, la mayoría van con la cabeza baja, mirando sus teléfonos. Todo el mundo usa el teléfono constantemente. No para de sonar. Yo no recibo mensajes, nadie me llama. Nunca necesité que me llamaran y ahora creo que es justo eso lo que te permite vivir, lo que te empuja a seguir adelante. Apenas hay motivos en mi vida que me hagan caminar hacia adelante. Tengo a mis hijos, y poco más. Sólo ellos aportan algo a mi vida. Sólo me quedan sonrisas para ellos... Son los únicos que me abrazan con sinceridad, con amor verdadero. Cada beso es una chispa eléctrica que me hace latir el corazón con más vitalidad. Cuando rodean mi cuello y apretan hasta oírme quejar, siendo que sus brazos tiene la fuerza del cariño. Su honestidad está fuera de toda duda y aunque a ellos también les he fallado, trato de corresponderles con la misma entrega que me dedican."
Se detuvo a observar cómo su cigarro se había consumido entre sus amarillentos dedos. Tosió y tomo la jarra para beberse la mitad de su contenido de un solo trago.
"Pero así están las cosas, ¿sabes? Estoy harto... creo que todo el mundo quiere engañarme. Me da la sensación de que en el curro me están chuleando ¿eh? ¿qué te parece? Llevo veinte años trabajando allí, entregando mi vida, sacrificándome por ellos... y ¿para qué? Para que ahora que van mal las cosas pillen la pasta y a los demás que nos den.... Estoy harto, pero ¿qué puedo hacer? No es momento de cambiar de trabajo. Debería estar contento de, en esto tiempos, no formar parte de la cola del paro... pero es que todo es una mierda. Los políticos son unos corruptos, pero ¿quién nos va a salvar? ¿Tú te fías de alguien? Yo no, a mi no me la dan... nos han llevado a la ruina y allí nos vamos a quedar. Porque el españolito medio no aprende. El que tiene dinero sabe bien qué hacer, pero nosotros... nosotros estamos perdidos. En otro momento hubiera cambiado de curro, pero ahora... hay que tragar. Sólo queda eso tragar. Ahora, te digo una cosa, cuando todo esto pase a mi no me vuelven a pillar. Ya me buscaré la vida, pero otra de estas no paso...".
Se encendió otro cigarro y me lanzó el paquete para que hiciera lo mismo. Con el humo aún dentro de los pulmones, continuó:
"Si señor... la vida es una mierda. Ya te darás cuenta. Un día, te levantarás, te mirarás al espejo y te verás como nunca te habías visto antes... a partir de ese día, todo lo que te rodea se habrá movido, será diferente, y no te gustará. ¿Sabes lo que me dijo Raquel hace unos días? Que estaba en plena crisis de los cuarenta. Cogí la puerta y me fui de casa para no tener que decirla una barbaridad... luego me arrepentiría y eso, pero el daño quedaría, así que cogí, y me fui. Sé que no estoy bien, y por eso trato de hablar con ella lo mínimo imprescindible... con cualquiera, en

el curro también. Cuando menos hable mejor, y no es por lo que diga, sino por las respuestas que pueda escuchar. Cualquier cosa que me comenten va a molestarme, lo sé. Estoy irascible, y no me gusta estar así. El corazón se me acelera, y en ocasiones, me da un subidón de odio por todo lo que me rodea... que incluso me cuesta controlarme. Tío incluso alguna noche he llorado... de rabia... no sé por qué, ¿rabia, de qué? ¿hacia quién? No sabría explicarlo... rabia hacia mí mismo, por no poder controlar mi vida. Por tener esa sensación de haber tirado cuarenta años a la basura y no saber qué hacer para conseguir disfrutar de los otros cuarenta. Miro hacia atrás y hay tan pocas cosas de las que estoy realmente satisfecho... He tenido una vida deprimente. Y me da la sensación de que es tarde para cambiar el ciclo... es..."
Entonces se calló, y se quedó inmóvil durante, uno, dos o tres segundos.... Luego me miró. Parecía volver de algún sitio en el que se encontraba solo, perdido, y yo era su visión, el flotador que le impediría que se hundiese. En sus ojos apareció un atisbo de aquel brillo que en otro tiempo le había caracterizado, y su boca se torció en una mueca parecida a una sonrisa, y con tono jovial, preguntó:
"¿Y tú que tal? ¿Dónde te metes que hacía tanto tiempo que no quedábamos? Cuéntame, ¿Qué tal los niños y la Espe? Finalmente, ¿fuisteis a Andorra estas navidades o que?..."
Entonces, turbado por el rápido cambio que había sufrido su ánimo, me dispuse a contarle todo lo que durante los últimos meses me había pasado y que, al no haber tenido contacto con él, no conocía. Pero mientras iba saltado de historia en historia, no se me iba de la cabeza lo que me acababa de contar. Me dejó confundido. En un par de ocasiones tuve que interrumpir mi relato, pues recibió una llamada y mensaje en el móvil que contestó animosamente.
La tarde transcurrió extraña entre cervezas, pitillos e historias. La conversación también oscilaba por momentos hacia ese tono cansado y depresivo. Parecía tener una lucha interna, donde una energía trataba de evitar que saliera a la superficie otra energía negativa. Cuando era derrotada, parecía venirse abajo hasta que recuperaba fuerzas y volvía a la normalidad. Lo más sorprendente es que, en esos momentos de "lucidez", no parecía recordar nada de lo que decía o al menos, quizás por pudor, trataba de disimular lo que me estaba contando.
Cuando nos separamos dí un rodeo para volver a casa. En parte porque andaba algo mareado por los efectos de la cerveza, y en parte por pensar en soledad todo lo que había vivido esa tarde. Si no es porque le conociera desde que empezamos el instituto, pensaría que siempre ha estado así de sonado... pero la verdad, he de reconocer que me tiene preocupado, y que efectivamente, espero que sólo sea la famosa crisis de los cuarenta. Dentro de aproximadamente un mes, será su cumpleaños. Ya veremos qué pasa después. De momento, no se me ocurre nada más que esperar.

Ian Froh

Capítulo 5

Puedo afirmar que encontrar un lapicero no fue, lo que podría decirse, una tarea fácil. Había localizado varias tiendas en *la Red* que los ofrecían, pero a unos precios tan elevados, que cuanto menos, me hacían recelar, por momentos, de mi propia convicción de necesitarlos. Tratar de estar seguro de lo que hacía, de lo que necesitaba, me movió a recorrer todos los establecimientos de antigüedades que localicé en Madrid. Pero en todos encontré las mismas nefastas respuestas. Cierto es que hace muchos años que no se usan, salvo por algún artista bohemio baturro, ofuscado en impedir que la escritura manual desaparezca definitivamente. Cierto es, también, que su fabricación haya cesado hace décadas, al no ser por los mismos que los usan, que han adquirido la destreza de realizarlos artesanalmente, con un resultado, eso si, algo tosco y lejos del estilizado cilindro hexagonal alargado que pude contemplar en diferentes fotografías. Pero de ahí, a que no haya sido artículo de interés para los anticuarios, me parece hiriente. Me hubiera gustado tocar alguno, sentirlo, olerlo, calibrarlo entre mis dedos, acariciar la mina e incluso, de habérmelo permitido, escribir algunos trazos. Pero la inexistencia del apéndice en las almonedas madrileñas, imposibilitaba la compra de forma tradicional. Sólo me quedaba recurrir a *la Red*.

He leído mucho en internet sobre este extinto instrumento. Despertó en mí una ferviente pasión. Y no sólo como objeto de culto, conservado tras una vitrina, testigo inerme de un mundo que no lo añora, sino que mi deseo era aprender a usarlo. Por ello localicé y visualicé vídeos en 2D sobre cursos de caligrafía. Aprendí a mover los dedos como mostraban en imágenes aquellas habilidosas personas cuya maestría no era debidamente reconocida, ya que en aquella época, todos eran capaces de dominarla. He leído e-books sobre ortografía hasta aprenderlos de memoria, pues hubo un tiempo en que cuando se escribía había que conocer correctamente el lenguaje pues no existía la corrección simultánea.

-- ¿Para qué quieres recordar todas esas reglas? --me preguntaba iracunda mi madre-- ¿No tienes nada mejor que hacer? --Mis respuestas, como no podía ser de otra forma, no servían para paliar su incomprensión y se alejaba despotricando y agitando desesperada la cabeza.

Yo, entre tanto, seguía entrenando la mente. Descargué juegos antiguos para practicar mis conocimientos y valorar la evolución. Para que funcionaran, desarrollé un software que fuera capaz de emular los sistemas de finales del siglo XX, ya que el código binario era tan primitivo que no funcionaba en las máquinas actuales. Ocupaba todo mi tiempo libre en ese obsesivo aprendizaje. Mis padres, cada vez me miraban con mayor aversión y la rudeza en sus comentarios fue in crescendo. Mi afición, por incomprensible, les incomodaba, y su estado irascible

provocaba discusiones cada vez más acaloradas, resultando de esas disputas un mayor distanciamiento entre nosotros.

-- ¿Por qué se empeña en querer escribir a mano? --acosaba a mi padre moviendo la cabeza y agitando las manos.

-- ¡Y qué se yo! --respondía mi padre con cierto desdén-- ¡Con lo rápido y cómodo que es un teclado! No puedo entender qué está pasando por su cabeza... --cada frase iba acompañada en un bufido tratando de mostrar a mi madre su gran indignación.

-- Pero es que dedica mucho tiempo a estudiar esas normas de ortografía --se lamentaba.-- ¿Para qué? Cuando yo era niña y me conectaba al aula virtual, un profesor de historia nos habló en una ocasión que cuando se implementaron los primeros correctores, sólo funcionaban en algunos programas y eran muy imprecisos. Pero de aquello hace tanto tiempo... ¡lo sufrirían los abuelos de nuestros abuelos! ¡Qué se yo! Ahora no es necesario aprender esas normas. No logro entender qué pretende. --Ponía los ojos en blanco mientras levantaba los brazos al techo tratando de agarrar algo que iluminara su incomprensión, buscando quizás una respuesta que cayera de las alturas.

Mi padre resollaba hastiado. Mi afición le traía sin cuidado, pero las constantes soflamas con que mi madre le asediaba iban mermando su paciencia.

-- Hijo, tu madre tiene razón. --me reprendía condescendiente-- No pierdas el tiempo haciendo cosas que no valen para nada. No te aportan nada, y por ...

Mientras me hablaba, de esa forma queda y hueca, mi madre sacó su terminal del bolsillo del delantal que llevaba. Había recibido un *Beepe* y se dispuso a contestarlo. Me quedé absorto observando su pulgar desplazarse por la pantalla con movimientos rápidos y precisos. Su respiración estaba acelerada por la discusión que ella nuevamente había reavivado, pero sus dedos no parecían verse afectados. Se deslizaban con la misma naturalidad de siempre. Podría estar haciendo el amor y sus dedos se moverían con la misma consistencia. Tenía tan automatizados los movimientos como las personas que tanto admiraba de los vídeos de caligrafía. Con nueva tecnología se desarrollan nuevas habilidades. Imagino que en el siglo XX admirarían la escritura de los Romanos en aquellas tablillas de barro. La imagen me hizo perder el hilo del discurso de mi padre, que retomé cuando ya terminaba.

-- ... o buscar información para piratear la señal del vecino y poder visionar los estrenos de cine en 4D.

Mientras apartaba la mirada de los pulgares de mi madre para dirigir la mirada a los ojos de mi padre repliqué:

-- ¿Sabes lo que leí hace unos días? --y sin dar tiempo a que respondiera, añadí:-- Que nuestros pulgares cada vez son más delgados y largos. --No sabía qué pretendía decirle con eso, pero mientras él trataba de descifrar mis palabras, me levanté y me encaminé a mi cuarto.

A salvo entre aquellas cuatro paredes, me puse a revivir la experiencia que sufrí varios años atrás, y que resultó percusora de esta excéntrica idea que tanto turbaba la paz del hogar. Ese año cumplí los catorce. Al finalizar el curso escolar, me apunté a un campamento presencial que se organizaba todos los veranos. Aunque en alguna otra ocasión, ya me había encontrado con alguno de mis compañeros del aula virtual, a la mayoría, como es habitual, sólo los conocía por fotos o videoconferencia. Hasta que no estuve delante de ellos, no fui consciente de ciertas características, como la altura, anchura o incluso, el olor, que daban a cada uno de ellos su propia identidad. Recuerdo lo grande que tenía las manos *5q410*, o la forma tan graciosa de andar de *Punish11*, como dando saltitos. La palidez y las ojeras que daban a *Rebek4* cierto aspecto siniestro, o las explosivas formas que *Ania* lucía con orgullo ante el resto de compañeras. Tantos detalles que nos definen y que sólo se descubren al acercarse a las personas. Ese primer contacto se convirtió en un momento embriagador, y todos nos sorprendimos mirándonos y descubriéndonos, con nerviosa sonrisa y sin saber qué decir. Nos besábamos y chocábamos las manos tratando de charlar de cualquier tema con la intención de romper ese incómodo silencio, pretendiendo asegurarnos de que todos éramos las imágenes que habíamos estado compartiendo durante todo el curso. Convenciéndonos a nosotros mismos de lo bien que nos conocíamos.

Sensaciones como aquellas he tenido en otras ocasiones en las que me he encontrado por primera vez con personas a las que sólo había tratado durante mucho tiempo de forma telemática. Pero en aquella, mi primera gran reunión, los sentimientos y emociones quedaron fuertemente cincelados en mi mente.

La temática del campamento, consistía en emular la vida de una tribu indígena de siglos pasados y realizar ciertas actividades que recrearan sus costumbres. Los monitores nos asignaron diferentes tareas para ejecutarlas en equipo, y a mí me encargaron ir a recoger leña para encender una gran hoguera de campamento. Me entregaron un machete un poco oxidado y con la hoja tan mellada que parecía una sierra. Elegí a dos compañeros para que me ayudaran y nos pusimos en marcha. La vegetación que rodeaba la zona de acampada, no parecía ser útil para encender un fuego por no encontrarse lo suficientemente seca. Esa razón nos indujo a acceder a un sendero que conducía hacia el oeste, adentrándose en un área boscosa que prometía cantidades ingentes de

alimento para una macanuda pira. Llevábamos recorridos unos seiscientos metros cuando encontramos un claro que era atravesado por un río de norte a sur. Más allá, al otro lado del río, un par de encinas completamente secas delimitaban el claro por el lado opuesto al que nos encontrábamos. Sin pensarlo dos veces y mientras protestaban mis compañeros, me descalcé y arremangué los pantalones.

-- ¡No os quejéis! --les dije alardeando de mi determinación-- ¡No parece que el agua nos llegue ni por las rodillas!

Convencido de que al verme atravesar, ellos me seguirían, me adentré en la corriente evitando que percibieran el respingo que me provocó el agua helada, y se amedrentaran renunciando a seguirme a la otra orilla. A mitad del recorrido, me giré para observar la reacción de mis amigos. Esbocé en mi cara una forzada pero candorosa sonrisa, invitándoles a continuar. Pero ellos permanecían clavados a unos metros de la orilla, impresionados de mi temerario comportamiento. Los guijarros del fondo, aunque erosionados, se me clavaban en las plantas de los pies, así que decidí continuar solo, y, en todo caso, esperarlos en la otra orilla. El agua me cubría hasta las rodillas y podía sentir a cada paso cómo la fuerza de la corriente y lo irregular del lecho por el que me desplazaba, me hacían perder el equilibrio. No obstante que me encontraba en la zona más profunda y por ende la que más fuerza transmitía el agua, mi determinación insufló ánimo a los otros, y ya me estaban imitando, agachados descalzándose y remangándose los pantalones. No era el momento de echarse atrás y decepcionarles. Así que fijé la mirada en las encinas y avancé el pié derecho. Al posarlo, no sentí nada extraño. Más guijarros haciendo de las suyas en la planta. Sin embargo, cuando descargué el peso de mi cuerpo en esa pierna para avanzar con la izquierda, sentí cómo algo cedía y se movía en el fondo. Mi pié derecho se hundió entre las piedrecillas y el tobillo se torció. Perdí el equilibrio y al no tener dónde agarrarme, caí de lado empujado por la fuerza del agua. Traté de apoyar las manos en el fondo para evitar que la corriente me arrastrase, pero las piedras se desplazaban por la fuerza de mi peso y no pude evitar sumergirme completamente. Cuando saqué la cabeza del agua, sólo pude contemplar la roca con la que chocaría a gran velocidad y que provocaría que no recordase nada más hasta que me desperté más abajo de donde había intentado cruzar. El cauce del río, dando un brusco giro hacia el oeste, se adentraba serpenteante y remanso en un valle con gran vegetación. La corriente me empujó a la zona exterior del recodo, depositándome junto al desbrozo que había ido arrastrando con el paso del tiempo. Al abrir los ojos, noté que tenía la boca llena. Estaba vomitando y tosiendo al mismo tiempo. Cuando cesaron las convulsiones pude comprobar que se había hecho de noche, tenía el cuerpo lleno de contusiones y el tobillo del pié derecho muy inflamado y dolorido. Traté de apoyar el pié en el suelo y sentí unos pinchazos de tal intensidad que apunto estuve de volver a desmayarme. Palpé mi bolsillo para verificar si tenía el móvil, pero noté toda la pernera desgarrada. El terminal debió

caerse en algún punto de mi accidentado descenso. Me encontraba en algún lugar, a una distancia indeterminada de donde había sufrido el resbalón.

Aquella noche fue muy larga. Nunca había estado solo, aislado, perdido. No podía consultar mi ubicación con el GPS ni avisar a nadie de mi situación. No sabía qué hacer. Sin acceso a la Red mis posibilidades de salir de allí rápidamente eras muy bajas. Sólo se me ocurría tratar de seguir el cauce del río, pero sin caminos y con la vegetación tan frondosa, no podría seguir subiendo si no me apartaba de la orilla. Y eso contando con que el dolor de mi tobillo remitiera, porque ir sobre una pierna sería agotador.

Así las cosas, decidí esperar a que amaneciera antes de tratar de moverme. La luz al menos me ayudaría a orientarme, y quizás por la mañana me encontrase mejor para iniciar la marcha. Intenté no dormirme temiendo que algún animal pudiera atacarme. Pasé toda la noche haciéndome preguntas de cómo sería la vida antes de que se implantara el uso del móvil. Intenté imaginar el mundo antes de la *Revolución Informativa*. ¿Cómo se entretendrían en aquella época? ¿Qué hacían cuando tenían que consultar algo? ¿Tendrían que memorizar toda la información? ¿O acaso no existía la información y les daba igual? Y ¿Cómo pudieron crear una tecnología como la actual sin tener esa tecnología para acceder a la información para crearla? Debía ser frustrante no tener el conocimiento en el momento de necesitarlo. Aunque me parecía incomprensible la vida sin un terminal, hubo una época en la que la humanidad sobrevivió y mejoró su condición sin estar *on-line*. ¿Podríamos mejorar nosotros si desapareciera *la Red*? Desde que a los tres años recibí mi primer equipo, nunca había estado solo. Lo primero que nos enseñan es a comunicarnos con nuestros padres, y a partir de ahí, todo lo necesario para acceder al conocimiento, que en función de nuestra edad, somos capaces de comprender...

Divagando, me debí quedar dormido con las primeras luces del alba. Soñé que estaba en el siglo XX. En un edificio cuyas paredes estaban forradas de libros de papel apilados hasta los altos techos. Había también pasillos fabricados con muros de libros. Pude observar a un hombre subido en una escalera, consultando un libro de los que estaban más arriba. Otras personas se hallaban sentadas en largas mesas con libros abiertos. Al acercarme escuchaba cómo recitaban el contenido que leían. Trataban de memorizarlo. Otros escribían en láminas de papel blanco lo que leían. Había un niño que tenía un lápiz. Escribía en un cuaderno que tenía las páginas ralladas. Lo hacía muy despacio, y se mordía la lengua en un gesto de esfuerzo y concentración. Realizaba unos trazos temblorosos, grandes y muy redondeados. Levantó la cabeza y me miró. Iba a decirme algo, pero antes de poder oírle, empezó a alejarse. Todos se hicieron más pequeños. Una luz brillante lo inundó todo y entonces apareció ante mí la cara de mi profesor de ciencias con los ojos abiertos como platos. Sólo

cuando noté el rancio olor a café que acompañaba a su aliento, pude comprender que su imagen era real. Me habían encontrado. Me tranquilizó sentirme nuevamente acompañado.

Aquella experiencia marcó una impronta que el tiempo no borró, e hizo despertar en mí un interés en la escritura que, quizás, de otra forma no hubiera tenido. Tratando de emular al niño del sueño, aprendí a escribir de forma manual. Lo hice con ayuda de una tableta digital que reparé y unos cuadernos de caligrafía que compré en una de las pocas librerías que todavía venden por *la Red* material impreso en papel. Lo difícil fue encontrar ese lápiz... Oh, si, difícil, además de oneroso... Pero el deseo, convertido en necesidad, mantuvo vivo el desafío y finalmente, y gracias a *la Red*, a falta de uno, conseguí dos.

La culminación de todo aquello y de cada una de las broncas que he mantenido con mis padres, es este placentero momento. Ahora, mientras deslizo la punta de grafito por la página de este bloc, fabricado con papel reciclado, puedo oír sus susurrantes palabras. De cada trazo, un gemido, y con él, una letra. No puedo discernir si soy yo el que lo dirige o si es él quien gobierna mi mano y la mueve a su antojo para dibujar el siguiente signo. Sólo puedo ver su magia. Como en un suspiro, páginas en blanco se llenan de símbolos irregulares, imperfectos, que ofrecen a la vista un sublime espectáculo de grises oraciones asimétricas. Una grafía que, transmita lo que transmita, nunca podrá ilustrar a nadie, más que a aquél que las dibujó, el auténtico y cautivador placer de escribir.

FIN.

Primer borrador escrito el 12-13 de enero de 2013

Capítulo 6

Volvía del trabajo sumido en mis propios pensamientos. Si, agrios pensamientos sobre la situación actual. Unos años atrás, se podía presumir de tener trabajo, ahora, cuando no queda ni la garantía de poder cobrar a fin de mes, el trabajo se convierte en una cadena perpetua hasta que llega la amnistía en forma de transferencia bancaria. Las cuentas se quedan en negativo, mientras que los créditos de las visas, bendito colchón, van horadando poco a poco la liquidez con insultantes condiciones que merman la propia capacidad de poder saldarlos algún día. Una agónica situación de la que esperas salir airoso, pero que siembra el alma de incertidumbres y pesimismo ante el abismo que se abre amenazante bajo un frágil puente que apenas se sostiene por unas rancias sogas.

Detenido en un semáforo, esperando que la esperanza borrara el reflejo bermejo de mi cara, giré la cabeza hacia el otro extremo de la ancha vía por la que circulaba. Realmente no sé por que lo hice, pero el gesto se ejecutó, mi cuello se torsionó y yo me encontré mirando una increíble y maravillosa escena. Me quedé helado. Un escalofrío me recorrió la espalda. Pero fue un instante. Luego un incómodo calor se apoderó de mi rostro, y el color escarlata de mis mejillas, simulado por la luz del semáforo, era debido al rubor que me invadió. Una presa se rompió y mi mente quedó anegada de todo tipo de emociones. Los ojos se me humedecieron, mas no podría discernir si era felicidad o tristeza, compasión o admiración, miseria u opulencia, envidia o generosidad. En un instante, el pasado, el presente y el futuro quedó fusionado provocando un torbellino caótico de imágenes, unas vividas y otras pendientes por vivir, llenas de deseos y esperanzas, de sueños por cumplir y metas ya inalcanzables; colmadas de lo que pudo haber sido, de lo que fue, y de lo que será.

Luego el semáforo exigió mi atención, y mientras una lágrima recorría mi mejilla, puse primera y avancé, perdiendo de vista aquella insólita imagen.

¿Había visto antes algo como aquello? ¿Podía un gesto aparentemente tan trivial despertar tales sentimientos en alguien como yo? Una escena como esa, ¿podría conmover al mundo? ¿Podría cambiarlo? ¿O acaso el amor es para los débiles? Cuanto más me alejaba más deseaba dar la vuelta, y seguir contemplando a aquella pareja. Me habría quedado, oculto y cerca de ellos, como un *voyeur*, deleitándome en su actitud, escuchando sus susurros y aprendiendo, sobre todo, a que el paso implacable del tiempo, bien aprovechado, es la cama en la que yacen dos enamorados infatigables en su caricias, cuyos sentidos avivan su deseo de complacerse mutuamente sin esperar nada a cambio, sólo como muestra de su amor puro e inocente.

Cada parte de la escena por separado, me hubiera dejado indiferente. Si sólo hubiera visto una pareja con esa edad, no habría fijado mi atención en ellos. El hombre, con su pelo lacio y blanco, encogido y postrado en

una silla de ruedas. Sus brazos descansaban en su regazo con las manos hacia arriba. Su rostro, arrugado y maltratado por el tiempo y quizás por alguna enfermedad degenerativa que lo acercaba irremisiblemente al final de sus días. La distancia no me permitió observar su mirada, que debiera estar perdida en el verdoso jardín que parecía estar mirando. Quizás pensando que esta primavera, las flores lucían un color tan intenso, que a pesar de sus cataratas podía apreciarlas, Dios sabe si por última vez.
Junto a él, sentada en el borde de un banco de láminas de madera, una mujer, tan ajada como él, le hacía compañía. Vestida con una chaqueta granate y una falda oscura, su atención estaba en procurar que él estuviera presentable. Le pasaba la mano por la cabeza tratando de colocar su rebelde flequillo, que una y otra vez, volvía a caer sobre la frente. Luego bajaba sus manos y le colocaba el cuello de la camisa y trataba de quitarle las arrugas que la postura le provocaba sobre el vientre. Cuando le pareció que estaba bien, le pasó la mano por el rostro, una tierna caricia que inició a la altura de la sien y termino en la punta del mentón. Su octogenaria mano deformada por la artritis, se deslizó delicadamente, con dulzura, recorriendo con extrema dedicación cada surco del rostro del hombre, sin más pretensión que el de hacerle sentir algo mejor. Quizás buscando el alivio a algún dolor interno.
Ese gesto, me estremeció. Pero el cénit llegó cuando la anciana, con sus frágiles y curvadas piernas y un titánico esfuerzo, se levanto de su asiento y acercó su rostro al de su compañero. Entonces le besó. No una vez, sino tres. Los labios de la mujer se encontraron por tres veces con los del hombre. Labios secos, arrugados y faltos de vida. En ese momento el tiempo se detuvo. Y no de forma metafórica. ¿A caso podía el tiempo hacer otra cosa que pararse y contemplar la grandeza de la vida? Y como yo, se estremeció. El primer contacto fue un suspiro de amor eterno, alcanzado hace muchos, muchos años, con el compromiso de avanzar en mutua compañía. El segundo, un regalo en la complicidad y el sacrificio de estar, en el presente más complicado, juntos compartiendo cada latido en perfecta comunión. El tercero, la promesa más obstinada que seguir arrastrando los pies al mismo ritmo, buscando su destino en compañía, y aceptando el porvenir más cruel que pueda presentarse ante ellos. Presente, pasado y futuro. Tres besos, un abrir y cerrar de ojos. Un eterno instante que sólo así, escribiéndolo podré evitar que se pierda en el olvido...
Seguí conduciendo y pensado en ese instante. Y di rienda suelta a mi imaginación. Quizás en anciano, enfermo, apenas se enteró de la muestra de afecto de su compañera. Quizás la mujer, realizó el gesto de forma automática, al igual que sujeta las pinzas con los labios mientras tiende la ropa. O quizás todo haya ocurrido tal y como yo imaginé camino a casa. Eso quiero yo creer. Ya que mi corazón se aceleró, y desde que vi aquello, he de admitir que me encuentro incluso de mejor humor, y he pensado más en aquella pareja que en la cruda realidad en la que me hallo encallado.
Ojalá, cuando llegue a esa edad, y me encuentre decrépito y encadenado a una silla de ruedas, tenga a mi lado a la compañera que pueda darme

esos tres besos. El milagro del amor, aplacará cualquier enfermedad que la senectud me haya permitido contraer. De momento sigue a mi lado, y no habrá mayor éxito en mi vida que lograr que permanezca aquí, conmigo hasta el final.

Nunca el tiempo es perdido si lo has compartido con las personas adecuadas.

Froh.

Capítulo 7

Bueno, me quedé sin palabras. He de confesar que no me gusta la poesía. Soy incapaz de leerla si no es por una extrema obligación. Y, saliendo del ámbito estudiantil, nunca había escrito una. Por tanto, ni domino el ritmo, ni la rima, ni la estructura de los versos, ni nada de nada. (Jo! es un poco vergonzoso, lo sé...).

Pero las cosas vienen así. Sentado, en el sofá, esperando que empiece la carrera de Mónaco de Fórmula 1, mi mente (como en muchas otras ocasiones), se ha puesto a navegar por un mar de letras, y ha ido pescando palabras inconexas que luego ha juntado de una manera extraña, para dar forma a una idea que llevaba pensando hace tiempo, pero que nunca imaginé que fluyera en forma de poesía.

En fin, aquí la dejo, "malparida" y bien hallada, todo ello por ser la primera... y también la última si otro arrebato no obliga a retractarme de lo dicho.

Ian Froh.

Capítulo 8

Resuelvo algunas dudas de estilo visual que se han planteado.

En Menú Ajustes (panel derecho de la administración del blog), tengo una opción llamada "Header and Footer".
Al seleccionarla, aparace un paginador con varias opciones.
La primera página se llama "Page head and footer".
Dentro hay tres cuadros de texto. En el del centro, que sería "Code to be added on Head section of every page", incluyo este texto:

Pulso el botón "save" y listo.

Luego, cada vez que introduzcas una entrada, deberás usar esta fórmula:

Si quieres un sagrado más profundo, aumentas el valor 0.5 al que desees.

Otra duda que surge es el poder ver el inicio del post y luego un link que te muestre el resto del texto. Además de configurar el blog para esa característica, puedes añadir una etiqueta html al final del texto que quieras que sirva como introducción. Puede insertarse con el botón "more" que está en la fila de botones sobre el cuadro de texto de edición del post. Aparecerá en tu texto la siguiente etiqueta HTML:

Eso es todo.

Abrazos!!!

Capítulo 9

[Continuación de un relato que podrás leer .]

Bendita rutina que me permite ver su rostro a diario. Bendita su pena que la arrastra, herida, al mismo banco cada mañana. Bendita su hermosura, de hace latir mi corazón al ritmo del traqueteo del tren. Bendito aquel que destrozó su corazón y permite que pueda compadecerme de su fragilidad. Pero sobre todo, bendita la determinación que me llevará hoy, cuando se detenga el tren y se abran las puertas, a bajar al andén, donde su aflicción lo llena todo. Me acercaré a ella, con esta bermeja rosa y la confesaré el amor que tan en silencio me ha poseído desde el primer día que la vi. Yo la puedo hacer feliz, y aunque me tome por loco, loco me está volviendo su dolor acompañándome en mi camino.

El balanceo de mi cuerpo me saca del trance. Nos detenemos. Tras un sonoro suspiro, las puertas se abren. Sin esperar a que detengan su movimiento, salto al andén y corro hacia su banco. Ella no esta. ¿Qué ha ocurrido? Me aproximo, confundido, y toco la madera en la que ella siempre espera. Está caliente. Puedo notar un olor dulzón, algo empalagoso de perfume de mujer. Busco su rostro en el andén. Cuerpos anónimos se mueven, unos suben al tren, otros se dirigen a la salida. Mi desconocida amada, no se encuentra entre ellos.

Un fuerte silbido anuncia la partida. Otro suspiro y las puertas se cierran. La locomotora pone en marcha la mole que arrastra. Me siento en el banco, donde cada día se sentaba ella, a esperar el próximo tren. Noto una lágrima precipitarse por mi mejilla. Bendita soledad que me permite soñar.

Froh.